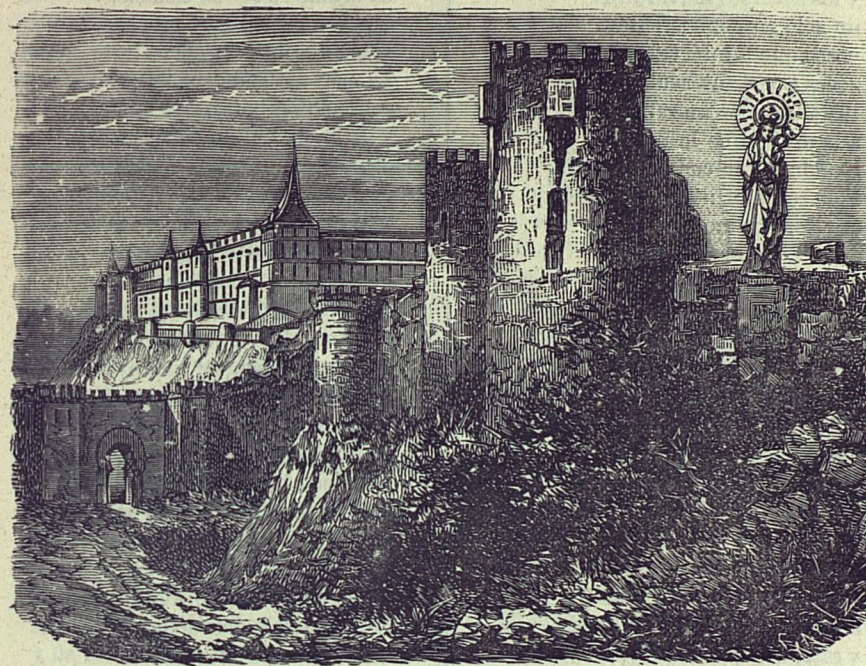


A-C.63/6

P. 38  
Ch.

73



Antiguo Alcázar de Madrid.

## El voto de Alfonso sexto.

(HISTORIA DE LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.)

1085.

### I.

En la Mantua Carpetana  
están las calles desiertas,  
mudas las casas, y el cielo  
cubierto de nubes negras.  
Silencioso está el castillo,  
solitarias sus almenas,  
y á no verse el compasado  
paseo de un centinela,  
juzgárase que en sus muros  
no guarda gente de guerra.  
¿Dónde están los Mantuanos?  
Juntos vienen de la Iglesia.  
Bien lo dicen su mesura,

y sus vestidos de fiesta,  
y el llevar al descubierto  
las abatidas cabezas.  
Bien lo dice una cruz tosca  
que siguen con reverencia  
varios clérigos cantando,  
y unas andas en que llevan  
á la Virgen de la villa,  
á su madre y á su reina.  
Vienen detrás las mujeres  
con encendidas candelas  
é impacientes y parleros  
sus hijos vienen con ellas.  
Hacen los varios colores  
del traje, confusa mezcla,



y los diversos murmullos un solo rumor sustentan, voces que á intervalos cantan, voces que á intervalos rezan.—Madre; dice un rapazuelo á la mujer que lo lleva. ¿A dónde van con la Virgen? Y le responde:—A esconderla, que son los moros capaces de sacrilegios que aterran, y acuita á los Mantuanos tener á los moros cerca. No muy lejos una anciana, que se reprime con pena, murmura con voz temblona: —Mal pecado y mala mengua nos trujo el rey Don Rodrigo, que si el cielo nos aprieta del mucho holgar en el Tajo fué la culpa manifiesta. —¿Para qué teneis espadas si no sabeis usar de ellas? dícele un viejo á un guerrero, y este, que presto se quema, responde:—En verdad que ansío que á Mantua los moros vengan por ver si tienen tan dura la piel como vos la lengua. La procesion sigue en tanto hacia el lado de la vega, y al llegar á la muralla se detiene, dobla en tierra la rodilla, y en silencio al llanto que corra deja. Llevan la Virgen á un cubo, delante ponen dos velas encendidas, y lo tapián con mas cuidado que priesa. Poco despues, ¡pobre Mantua! pisa la hueste agarena sus calles y en su castillo la infiel media luna ondea.

II.

Junto á la imperial Toledo, y en la campiña que riega el Tajo, que en su corriente oro y cristal juntos lleva, asíéntase un campamento

en armas rico y en tiendas, que son variadas, y muchas, y con distintas enseñas. La cruz estiende sus brazos sobre aquel bosque de telas, y de la cruz al amparo, ornada de insignias regias una tienda se levanta magestuosa y severa. Con gran recato la guardan los apuestos centinelas, que allí Don Alfonso el sexto descansa de sus faenas, si es que descansar los reyes pueden en tiempo de guerra. Desvelado está el caudillo en grado tal, que la tienda mide con inquietos pasos y al fin se sale á la puerta, mas aire buscando el pecho y con la vista mas tierra. Es de noche: de Toledo los minaretes descuellan como remates del cerro perdido entre sombras negras, y aunque á intervalos la luna pálidos rayos refleja, solo á la vista permite ver que Toledo está en vela, por los acerados visos con que su luz centellea. A sus pies murmura el rio, parece que en son de queja, y estraños sonidos forma, que en ocasiones semeja que va arrastrando armaduras y las choca con las piedras. A veces rumor confuso finge de ruda pelea, y á veces suspiros, ayes, ecos que lloran muy cerca. Estremécese el caudillo y en los imposibles piensa que de loco le acredita en su proyectada empresa, que él sabe luchar con hombres, y dominar á las fieras; pero no espugnar los muros que guarda naturaleza con escarpadas alturas,

con abismos por do rueda caudal tan crecido de agua de tan potente fiereza. Sus ojos levanta al cielo pidiendo al cielo clemencia, y acuérdase de María, y la tradicion recuerda de aquella escondida efigie que busca con insistencia Madrid, pues que existe sabe é ignora donde se encuentra. Cuando cercaba sus muros imaginó Alfonso vella. Ganó á Madrid, y buscóla con cuidosa diligencia; pero fuese sin el logro del hallazgo por la priesa de poner cerco á Toledo con cuya conquista sueña. Parecele que la Virgen está con él descontenta, porque dejó de buscalla por irse tras otra empresa y dá de ser mal vasallo, y mal caballero muestra quien por buscar su provecho no sirve bien á su reina. Con lágrimas en los ojos dobla la rodilla en tierra y de buscar á la Virgen hace solemne promesa tan pronto como Toledo vencida y tomada sea. Entonces rasga la luna las nubes en que está envuelta y la ciudad ilumina con luz misteriosa y bella. Suspende el Tajo su furia, Alfonso tranquilo queda, en dulce sueño gozando de perspectivas risueñas, y al cabo de dos semanas se alzan del campo las tiendas, porque rendida Toledo abre al sitiador sus puertas.

III.

¿Qué es lo que en Madrid ocurre? ¿qué furor estraño ciega

á magnates, y villanos, á guerreros, y doncellas? Los góticos edificios registran con tales veras, que al cabo de pocos dias vienen á quedar por tierra. No se apagan las antorchas en subterráneos y cuevas, que ensanchan y profundizan escavaciones inmensas, y en la villa y en el campo se busca con vista inquieta, palmo á palmo se registra se mueve piedra por piedra. Diz que Don Alfonso el sexto tales pesquisas ordena en cumplimiento de un voto, y el pueblo con gusto presta por encontrar á su Virgen, consejos, caudal y fuerza. Al cabo de algunos dias ofúscanse las cabezas, las esperanzas se pierden, se rinden las fuertes diestras, y en desordenados grupos, sin concertar las ideas, cavan, demuelen, destruyen todo lo que al paso encuentran. El rey, que es poco sufrido, estrago mayor proyecta. Dice que la Villa es suya, que la ganó en buena guerra y ha de arrancar los cimientos, trocar en valle la vega, y entrarse luego en el rio á registrar sus arenas. Sábelo el pueblo y le envia quien le hable de esta manera; —«Señor, las vidas son tuyas lo mismo que las haciendas: si quieres ver demolidas las casas, danos licencia, que ya nos come el deseo de poner la mano en ellas.» Mucho place al rey su pueblo y á darle va la respuesta, cuando el sesudo prelado de la toledana iglesia con voz mesurada y firme dice las palabras estas:



A

—«Mal imaginas, Alfonso,  
que se hallan del cielo prendas  
con ímpetus que suponen  
mas bien que piedad soberbia.  
Antes que aumentes el daño  
á Madrid, ve tu conciencia,  
que quien vierte mucha sangre  
con mucho desueldo peca,  
y pecados de los reyes  
de pueblos son penitencia.  
Si hacer cenizas resuelves  
para hallar la Virgen, sea:  
hunde tu frente en el polvo,  
pon ceniza en tu cabeza.»  
Picado el rey del consejo  
siente correr en sus venas  
fuego que al rostro le sube,  
y las megillas le quema;  
mas trascurrido un instante  
se inclina con reverencia  
y del anciano prelado  
humilde la mano besa.

#### IV.

En la Mantua carpetana  
están las calles desiertas;  
silencioso está el castillo;  
solitarias sus almenas.  
¿Dónde están los Mantuanos?  
Juntos vienen de la iglesia,  
que bien lo dicen de lejos  
voces que cantan y rezan.  
En procesion muy lucida  
camino van de la vega  
y el rey Don Alfonso el sexto  
va con humildad estrema:  
luego siguen las mujeres  
con encendidas candelas  
é impacientes y parleros

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.

vienen sus hijos con ellas.  
Entre la piadosa turba  
destácase una doncella  
de hermosura peregrina,  
que, entre llorosa y risueña,  
va diciendo: —«Virgen Santa  
hora es ya de que parezcas.  
Lavó de un rey el pecado  
un mar de lágrimas nuestras.  
Si la ciudad perros moros  
profanaron con su huella,  
mira que ya con su sangre  
hemos lavado la tierra,  
y para que no la pises  
la cubre gloriosa tela,  
pues hoy nuestro amor te pone  
por alfombra sus banderas.»  
La procesion llega al muro  
y, cual si sus ruegos fueran  
irresistibles arietes,  
desplómanse algunas piedras,  
húndese parte de un cubo  
do brilla una luz intensa  
y en él preséntase al pueblo  
la Virgen de la Almudena,  
con las velas encendidas  
que se escondieron con ella,  
sin ser tres siglos bastantes  
para mermarles la cera.  
Madrid, Madrid, tu patrona  
de tantas glorias emblema,  
la Virgen que fué en el muro  
testigo de tus grandezas,  
la que guardando la villa  
tornó su color morena,  
la que buscó el bravo Alfonso,  
la que apareció en la Vega,  
en la Mantua carpetana  
no tiene un templo siquiera.

J. R.



1072193

Biblioteca Regional de Madrid

Biblioteca Regional de Madrid